

En el Centenario de Miguel de Lemos

Este año —el 25 de noviembre— se cumplió el centenario de Miguel de Lemos, singular protagonista de esa aventura de la filosofía europea en el Brasil, al decir de J. Cruz Costa, que ha sido el positivismo religioso brasileño.

Al interés intrínseco de su figura se une, para recordarlo aquí, su estrecha vinculación de origen y de familia con el Uruguay, no establecida en ninguna de sus biografías llegadas a nuestro conocimiento.

La aventura, para él, comenzó a raíz de un examen de mecánica general que debía rendir, cuando tenía veinte años de edad, en la Escuela Politécnica de Río de Janeiro. Un compañero le recomendó como lectura muy provechosa a parte relativa a la mecánica contenida en el primer volumen del Curso de Filosofía Positiva de Augusto Comte. Y le prestó, además, su ejemplar.

“Como era de esperar —escribió más tarde Lemos— de quien siempre subordinó sus preocupaciones científicas a sus aspiraciones sociales, comencé la lectura por la parte general del libro, y tuve entonces la ventura de encontrar en los capítulos introductorios, lo que en vano había procurado hasta esa época: una filosofía positiva, esto es, dotada del mismo carácter de certeza peculiar a las ciencias ya constituidas y abrazando en su coordinación los fenómenos políticos y morales. Fué pues a fines de 1874 o principios de 1875, que yo, por primera vez, trabé conocimiento con la doctrina de Augusto Comte; no habiendo leído ni oído nada de esto antes.” (1)

Lo demás vino por añadidura, en una rápida sucesión de acontecimientos personales y colectivos.

En el mismo año 1875 publicaba un artículo de adhesión a las ideas filosóficas de Comte. En 1876 participaba en la creación de la más tarde llamada Sociedad Positivista de Río de Janeiro, que agrupó a los primeros comtianos

En París, su primer paso fué naturalmente vincularse a Littré. La más profunda desilusión siguió a su conocimiento. Ciertos vacíos que de antemano sentía en la versión littréista del comtismo, le resultaron confirmados por la personalidad de quien, según el juicio que llegó a formular, “no pasaba de un erudito seco, sin ninguna acción social, aislado en su gabinete... paciente investigador de vocablos, sin entusiasmo, sin fé, absorbido por las minucias de una erudición estéril”. (2)

Tal desilusión lo empujó al encuentro del grupo ortodoxo que se reunía en el célebre apartamento de Comte, en la calle Monsieur-le-Prince 10, donde Laffitte oficiaba. Fué aquí su camino de Damasco. La persuasiva elocuencia, el reconocido encanto personal del albacea de Comte, lo conquistaron de golpe. Acababa de descubrir el comtismo “verdadero”.

COMISION NACIONAL DE TURISMO

CONCURSO DE CINEMATOGRAFIA

Respondiendo a consultas recibidas se pone en conocimiento de los interesados en este concurso, que una firma de plaza está instalando un equipo completo para copia y sonorización óptica de películas de 16 mms., siendo esta la razón que se tuvo en cuenta al estructurar las bases.

En cuanto a las copias de las películas que resultaren premiadas, queda sobreentendido para todos los técnicos, que la Oficina hará las copias sobre los originales de los interesados.

Referente a los plazos estipulados, que evidentemente son cortos, el propósito de esta Oficina ha sido el de tener material de propaganda realizado en esta temporada para ser utilizado en las siguientes.

En su imaginación ardiente, la misión religiosa de Comte quedó reivindicada oyendo a Laffitte. “Las lecciones —escribía más tarde— duraban dos horas, a veces más, pero salíase de allí con el gozo anticipado de una regeneración universal. Sentíase allí un mundo nuevo, una religión que surgía consagrada por la abnegación de los adeptos y por el martirio de su fundador”. (3) En lo sucesivo, el Curso de Filosofía Positiva de Comte, al que se atenía el littréismo, pasaría para él a segundo plano ante el Sistema de Política Positiva, la obra del Maestro que constituía la verdadera Biblia del comtismo religioso.

En 1879 formuló ante el túmulo de Comte un voto consagrando enteramente al servicio de la Religión de la Humanidad. En 1880 Laffitte decidió hacerlo Sacerdote de la Humanidad, pero sólo aceptó el título de “Aspirante al Sacerdocio de la Humanidad”. En 1881 regresó a Río de Janeiro donde tomó la dirección de la Sociedad Positivista, para transformarla en seguida, en vista del carácter sacerdotal de sus funciones, en “Iglesia” o “Apostolado Positivista del Brasil” (4) Quedó instalado éste en julio del mismo año, después de haber recibido Lemos, de Laffitte, el título de “Director Provisorio” del positivismo en el Brasil. Tenía entonces 26 años de edad.

Difundir el culto, organizar las tareas de adoctrinamiento, fueron los objetivos inmediatos de Miguel de Lemos. Pero lo fué en el mismo grado la oportuna intervención en los negocios públicos. Un fuerte soplo de renovación sacudía entonces la existencia del Imperio. El espíritu de sus viejas instituciones caducaba. La corriente republicana que se abría camino desde la década del 60, se había hecho poderosa. A ella se había incorporado el comtismo brasileño desde antes de la inflexión religiosa que Lemos le diera. Bajo la dirección de éste acentuaría su intervención en las campañas republicanas, tanto más fiel al republicanismo del Maestro cuanto que lo iba a sus-

brasileños y entre cuyos patrocinadores se destacaba Benjamín Constant Botelho de Magalhães, futuro célebre fundador de la República. En 1877, suspendido por dos años de la Escuela Politécnica a raíz de un artículo contra su director, el Vizconde de Río Branco, viajaba a París. Allí iba a permanecer hasta 1881 y decidir su definitivo destino filosófico y espiritual, después de conocer y tratar, sucesivamente, a los dos grandes discípulos de Comte, Emile Littré y Pierre Laffitte.

Cuando Lemos partió para Europa, tenía ya posición tomada en la clásica disidencia que dividía al comtismo en dos irreductibles bandos. Todas sus simpatías eran para Littré, el discípulo que se había separado de Comte cuando éste orientó su pensamiento hacia la concepción y organización de la Religión de la Humanidad, y que ahora enfrentaba a Laffitte, continuador de todas las doctrinas del Maestro y su heredero al frente del culto religioso positivista. Había sido a través de Littré que Lemos había llegado al comtismo: en una edición patrocinada por Littré había hecho su primera lectura de Comte y en la biografía de éste por Littré había formado sus conceptos sobre la personalidad y la obra del fundador del positivismo. Una fuerte prevención contra la última etapa de la carrera filosófica de Comte, interpretada como producto de su locura, le había quedado de todo eso.

tentar dentro de su misma orientación de hostilidad al liberalismo democrático. Demócratas por un lado y positivistas comtianos por otro, adversos estos últimos a la democracia, serían en lo sucesivo las dos grandes clases de integrantes de la corriente republicana.

En 1882 ocurrieron las primeras divergencias en la Iglesia Positivista del Brasil, separándose entre otros, sin dejar de ser comtiano, Benjamín Constant. Miguel de Lemos se hallaba entretanto vigorosamente secundado por Raimundo Teixeira Mendes, su antiguo compañero de la Politécnica, llamado a ser el otro gran apóstol de la Religión de la Humanidad en el Brasil. En tales circunstancias se produce la resonante ruptura del comtismo ortodoxo brasileño, capitaneado por el joven Lemos, con el patriarca Laffitte y su grupo de París.

Gestada esa ruptura por una serie de incidencias, se formalizó a fines de 1883, a través de una circular dirigida por Lemos “a todos los verdaderos discípulos de Augusto Comte”. Rompía con Laffitte, llamándolo en adelante mistificador y sofista, infiel a las verdaderas doctrinas del Maestro, como habían roto en 1876 el inglés Congreve y en 1877 el martiniano francés Audiffrent. El chileno Jorge Lagarrigue y su grupo lo acompañarían en esa histórica ruptura, que se consagró con el nombre de “Cisma de Occidente” del positivismo. Después de motivar una vasta polémica en la que participaron positivistas de Brasil, Chile, Francia, Inglaterra, Suecia.

En 1888 tuvo lugar en el Brasil la abolición de la esclavitud, histórico acontecimiento al que no fué ajena la prédica positivista. Y en 1889, la caída del Imperio y la proclamación de la República. Mucho se ha discutido el grado de influencia que en ello tuvo el positivismo, que fué sólo una de las fuerzas republicanas concurrentes. En cualquier caso, la influencia positivista mayor no fué la ortodoxa del Apostolado sino la heterodoxa de Benjamín Constant, con su enorme prestigio

personal en las juventudes militares de las postrimerías del Imperio.

Fué después de proclamada que la República recibió la colaboración del Apostolado, muy activa durante los dos meses —diciembre de 1889 y enero de 1890— en que formó parte del gobierno el ortodoxo Demetrio Ribeiro, “hijo exclusivo de nuestra propaganda —diría Miguel de Lemos— y que llegaba al poder con el programa positivista en la mano”. (5) Las contribuciones mayores de esa colaboración positivista fueron la separación de la Iglesia y el Estado, y la bandera de la República, en la que se introdujo la divisa comtiana de “Orden y Progreso”. Pero el Apostolado fracasó en su empeño de imponer constitucionalmente la “Dictadura Republicana” que preconizaba Comte.

Numerosas serán después de 1890 las intervenciones y declaraciones del Apostolado a propósito de diversos problemas, nacionales e internacionales, de la República naciente. En el escenario de ésta, se quiera o no, Miguel de Lemos llegó a ser un personaje, en su sola condición de director de aquel Apostolado. Pero no descuidaba entretanto lo que era para él lo esencial: su misión religiosa. En el mismo año 1890 fué colocada la piedra fundamental del Templo de la Humanidad, solemnemente inaugurado en 1897, con nutrida concurrencia de fieles y de público, en una ceremonia que marca el momento culminante en la vida y la obra de Miguel de Lemos.

En 1903 cedió su puesto a Teixeira Mendes, retirándose definitivamente. No por ello dejó de acompañar con toda fidelidad la acción del Apostolado hasta su muerte, ocurrida en Petrópolis, en 1917. Fueron allí a buscarlo los positivistas, lle-

vando sus vestiduras sacerdotales, para traerlo al Templo donde fué velado con el rostro vuelto hacia el altar de la Humanidad. Desaparecía en medio del respeto y la consideración de todo el Brasil, ganados por el fervor idealista que puso en su prédica y la austera rigidez con que sirvió a sus principios.

Miguel de Lemos fué secundado y proseguido con parejo idealismo y pareja austeridad, por Raimundo Teixeira Mendes. Muerto éste en 1926, la acción del positivismo religioso ha continuado en Río de Janeiro, donde sigue abierto, en la actual calle Benjamín Constant, el Templo de la Humanidad. Asimismo en diversos Estados del Brasil donde el positivismo penetró desde los tiempos de Lemos, especialmente en Río Grande del Sur. Pero en declinación inexorable, con una sola excepción: “Curitiba, capital del Estado de Paraná —escribió en 1946 el mexicano Antonio Gómez Robledo (6)— es hoy día probablemente el único lugar en el mundo entero en que el positivismo (en la modalidad religiosa de Comte) está en auge y conquista prosélitos”. (7)

Hemos mencionado más arriba la vinculación familiar de Miguel de Lemos con el Uruguay.

Fué su abuela la uruguaya Dominga Lerena, que casó en Canelones, en 1823, con Antonio Rodríguez de Carvalho, natural de Río Grande, perteneciente al círculo de Lecor cuando la dominación portuguesa en nuestro país. (8) Entre los varios vástagos, varones y mujeres, de este matrimonio, se contó Josefa Carvalho Lerena, madre uruguaya de Miguel Lemos, quien fué el primer fruto de su unión matrimonial con el te-

Colectión LOS GRANDES NOVELISTAS de NUESTRA EPOCA

EN 15 Y 24 VOLUMENES

CON MUEBLE LUSTRADO



La vertiginosa literatura de la mayoría de los lectores se orienta hoy, en todas partes, hacia el género novelesco. Ahora bien, sucede que se publica constantemente un número incalculable de novelas. ¿Cómo orientarse en esta superabundancia, cómo discernir validades, cómo acertar a elegir aquellas novelas que verdaderamente son importantes, tienen interés y belleza, de aquellas otras vulgares, o desprovistas de mérito? Esta es la función que cumple nuestro tarro selectivo y su resultado es la serie “Los grandes novelistas de nuestra época”.

ALGUNOS AUTORES Y TITULOS

Alberto Moravia: *La Romana*.
Jean-Paul Sartre: *La Náusea*.
Vasco Pratolini: *Crónica de los Pobres Amantes*.
D. H. Lawrence: *La Serpiente Emplumada*.
José Enstasio Rivera: *La Vorágine*.
Ernesto L. Castro: *Los Isleros*.
Miguel Angel Asturias: *Hombres de Maiz*.
William Faulkner: *Intruso en el Pólo*.

A SOLA FIRMA *

Solicite folletos GRATIS ENVIÉ EL COUPON O LLAME POR TELEFONO * 8.75.61 *

En cómodas cuotas mensuales

Con un pequeño desembolso inicial será poseedor de esta magnífica biblioteca que le deparará muchas horas de emocionante lectura.

EDITORIAL LOSADA, S. A.

COLONIA 1060
MONTEVIDEO

Siervase escribir sin consignar alguna folioleto ilustrado de Los Grandes Novelistas de Nuestra Época.

NOMBRE _____

DIRECCION _____

LOCALIDAD _____

ARTURO ARDAO

mente de la armada brasileña Miguel Carlos Correa de Lemos.

Según información que ha tenido la gentileza de proporcionarnos la señora Celia Carvalho Rodríguez, prima hermana del prócer positivista, uruguayo y residente en nuestra capital, los padres de Miguel de Lemos se casaron en Montevideo, al cumplirse la primera mitad del siglo pasado, en la residencia de los Carvalho Lerena, calle Buenos Aires entre las de Colón y Pérez Castellanos. Miguel nació poco después en el Brasil, en Niterói, en la expresada fecha de 25 de noviembre de 1854. Pero luego la familia se radicó definitivamente en Montevideo, dedicándose el padre a la explotación de un saladero en el Cerro. Aquí nacieron y vivieron los restantes hijos del matrimonio: Josefina, Juana, Julia, Enrique, Maruja, Lucía. (9)

Enrique, único hermano varón de Miguel, muerto hace algunos años en Montevideo, donde pasó toda su vida, fué un hombre de refinada cultura. Dejó una valiosa biblioteca, actualmente de propiedad de la Asociación de Estudiantes Católicos por donación de su familia. En materia religiosa, sin embargo, compartía las doctrinas de su hermano. El y su padre, desaparecido a principios del siglo, fueron en nuestro país raros adeptos de la religión positivista de la Humanidad, convertidos a ella por la prédica de Miguel. Estos miembros de la familia Lemos y el fundador de la familia Santayana, son de los pocos, sino los únicos, que hayan representado en el Uruguay el comunismo religioso, a punto de partida en el Apostolado que aquél fundara.

Miguel de Lemos vivió de niño en Montevideo, al radicarse aquí sus padres. En un colegio montevideano, donde habría sido compañero de Batlle y Ordóñez, hizo sus primeras letras. Se educó luego en Río, pasando de allí a París en las circunstancias que hemos visto. Después de legado a ser jefe de la Iglesia Positivista brasileña, sólo alguna vez visitó en Montevideo a sus padres y abuelos. (10)

(1) Véase J. Cruz Costa, *O Desenvolvimento da Filosofia no Brazil no século XIX e a Evolução Histórica nacional*, S. Paulo, 1950, p. 155.

(3) *Ibidem*, p. 165.

(4) El mismo año regresó a Montevideo, de París, José Batlle y Ordóñez, quien asistió al mismo tiempo que Lemos a las conferencias de Laffitte en la casa de Comte, sin que tal prédica, contra lo que hasta hace poco se venía sosteniendo, lo hubiera de ningún modo conquistado. Sobre el problema de las relaciones de Batlle y Ordóñez con Miguel de Lemos, en Montevideo y en París, véase nuestro Batlle y Ordóñez y el Positivismo Filosófico, 1951, ps. 56 a 61, y 198.

(5) J. Cruz Costa, op. cit. p. 236-37.

(6) Antonio Gómez Robledo, *La Filosofía en el Brasil*, México, 1946, p. 57.

(7) Aparte de las obras ya citadas, véase sobre Miguel de Lemos y el positivismo brasileño: J. Camilo de Oliveira Torres, *O Positivismo no Brasil*, S. Paulo, 1943; Guillermo Francovich, *Filósofos Brasileños*, Bs. Aires., 1943

(8) Hemos tenido a la vista una copia de la partida del casamiento de estos abuelos de Miguel de Lemos. (Archivo del historiador Juan E. Pivel Devoto).

(9) No hemos podido localizar la partida de matrimonio de los padres de Miguel de Lemos; del nacimiento de sus hermanos, sólo las de Juana (Iglesia de San Francisco, año 1857, L. 3º, f. 126) y Julia (idem, año 1870, L. 4º, f. 74).

(10) Así nos informa la nombrada señora Celia Rodríguez Carvalho, quien lo recuerda ensimismado en sus lecturas positivistas en el patio de la casa de los abuelos, en la calle Buenos Aires, poco tiempo después de su regreso de París ungido Aspirante al Sacerdocio de la Humanidad.

LETRAS NACIONALES

EL ARTIGAS DE CASTELLANOS

Por OSCAR H. BRUSCHERA

Alfredo R. Castellanos: *Vida de Artigas*. Montevideo, Medina Editor, 1954. Primer premio en el concurso organizado por el Consejo N. de Enseñanza Primaria en cumplimiento de la ley del 10 de agosto de 1950.

No abundan las buenas biografías de Artigas. En 1860, en Gualaguaychú y en imprenta de su propiedad, Isidoro de María inició la serie, con un pequeño folleto, del que cabe encarecer más el propósito que el rigor, aunque las imprecisiones resultarían propias por la defectuosa documentación entonces conocida. Antonio Pereira dió a la luz la suya en 1877 y en 1879 hizo lo propio Antonio Díaz insertándola en su *Galería Contemporánea de Hombres Célebres de las Repúblicas del Plata*.

Ninguna pasa de un mero acopio de datos; de un juicio crítico apenas esbozado. Luego comienza el ciclo de los libros de mayor enjundia, de tono polémico, de exhumación de documentos, de análisis de un juicio crítico apresurado e injusto, o los ensayos de exaltación, acaso immoderada, de entre los cuales sólo supervive, por su belleza formal y la agudez de algunos enfoques la *Epopéya* de Zorrilla.

En 1940 Jesualdo Sosa publicó su *Artigas. Del Vasallaje a la Revolución*. En el prólogo el autor reconoce: "Esta biografía que está someramente novelada, ha sido escrito con el más puro objetivismo, más allá del ditirambo grosero en pro o en contra, y basada en la copiosa documentación existente". El deslinde de la historia como recreación objetiva y rigurosa del pasado, con la ficción tejida por el escritor para ofrecer su idea personal del héroe, resulta aquí dificultosa, e invalida, en extensa medida, el esfuerzo.

El mérito principal de la obra de Castellanos es el rigor de su método. En lenguaje sencillo y directo, ciñéndose de manera lineal a la cronología de los hechos, ofrece una síntesis del hombre, su vida y su obra, su ideario y su lucha, de acuerdo a las más modernas investigaciones, sin prejuicios nacionalistas, sin chocarrerías exaltaciones.

El lector de este tipo de obras, nunca es un especialista. Es presumiblemente un sujeto dotado de cierta cultura, que reclama información, objetividad, un esfuerzo para penetrar en lo íntimo del personaje y para comprender la época en la que actuó. Esto se lo da el libro de Castellanos, con absoluta probidad intelectual. Parece en cambio, excesivo como biografía al alcance de los escolares

—según lo pedía la ley—, aunque el autor en la visión inicial señala también a los jóvenes como destinatarios de su obra, y de manera más económica, se le puede atribuir un carácter general informativo o de divulgación.

Las objeciones de fondo son de muy menor cuantía. Por ejemplo: hace incidir la discrepancia de Artigas con el Congreso de Capilla Maciel, pormenorizada en su famoso oficio del 10 de diciembre de 1813 "en la forma como fueron electos los nuevos diputados a la Asamblea bonaerense; consideraba vejada su

persona y menospreciada la autoridad que se le había conferido por el pueblo oriental" (pág. 110), eludiendo plantear el espinoso asunto del previo pasaje por el alojamiento del Jefe para el examen de las deliberaciones del Congreso de Abril, que es donde reside el cogollo del problema; sólo por un eufemismo puede decirse que Artigas atendía "desde Purificación los asuntos que los seis gobiernos provinciales sometían "voluntariamente" a su consideración (pág. 142), pues la conocida correspondencia con las autoridades correntinas y montevidéanas certifique el grado avasallante de su intervención; acaso, con mayor vehemencia, cabe

reprocharle insistir en el simplismo del calificativo cuando se enfrenta el momento crítico de las divergencias con sus capitanes en la hora crepuscular de 1820; o el tributo que a veces —por suerte muy contadas—, para el señuelo de sustituir lo que fué por lo que pudo haber sido (pág. 75).

Me parecen las páginas mejor logradas las que el autor dedica a describir el peregrinaje del Exodo y el largo exilio en el Ayuí, o la crónica del primer gobierno patrio, así como el vívido cuadro de la villa de Purificación.

Cierto desaliño formal empaña la obra. Se diría que ella se concluyó con las urgencias de los plazos próximos a vencer —según ocurre con reiterada frecuencia en los concursos—, pero sin someterla después, al darla a la imprenta, a una revisión purificadora (Por ejemplo en la página 70 cuento siete "aquel", "aquella" o "aquellos" y otros siete en la pág. 191).

En la carátula un estudio al carbón sobre la fisonomía de Artigas, obra de José Luis Zorrilla de San Martín divulga rasgos nórdicos, según moderna tesis, tan disímil a los popularizados por la iconografía oficial.

OSCAR H. BRUSCHERA.



A. N. D. A.

Asociación Nacional de Afiliados

En su progreso continuado de veinte años fué dando con liberalidad a sus afiliados los beneficios del CREDITO, de la garantía de ALQUILER y los mejores y más atentos **SERVICIOS ASISTENCIALES** en sus Policlinicas.

De la ajustada y bien ponderada organización de todos sus servicios, se benefician 36.000 afiliados y sus familiares, en la Capital e Interior de la República.

SOLICITE SU AFILIACION

en ARENAL GRANDE 1570 — MONTEVIDEO

Agencias en:

Mercedes — San José — Salto — Paysandú — Juan L. Lacaze

**BENEFICIE A LOS SUYOS AUN
MAS ALLA DE SU EXISTENCIA
REGALE UN SEGURO DE VIDA
BANCO DE SEGUROS DEL ESTADO**